

EL ALACRAN DE ʿABD AL-RAḤMĀN AL-ŠARQĀWĪ

TRADUCCIÓN DE
MERCEDES DEL AMO HERNÁNDEZ

ʿAbd al-Raḥmān al-Šarqāwī nació en Dalātūn (Egipto) el 10 de noviembre de 1920. Estudió Derecho en El Cairo y se licenció en 1943. Sin embargo, toda su vida se ha dedicado preferentemente a la profesión de periodista y escritor. La obra que le consagró como novelista, *Al Ard*, fue publicada en 1954 y está traducida a numerosos idiomas, entre los que no se encuentra el español.

El presente relato corto me fue entregado personalmente por su autor en la primavera de 1975, en copia mecanografiada y fechada el 26 de junio de 1974, pero este cuento forma parte de la colección *Aḥlām Ṣagīra* (1952) y está traducido al inglés ¹.

Ḥasān, has llegado a no encontrar ni un bocado de pan, aunque tienes una casa en el Pueblo... Y tú, Ḥasān, estás mejor que mucha gente; pero desde el día en que Sayyidna te expulsó de la mezquita, cambias de un trabajo a otro sin provecho. Fuiste a El Cairo y trabajaste en el carruaje de un pariente tuyo, soportaste los bombardeos sobre tu cabeza y los golpes

¹ En *Arabic Writing Today: The Short Story*. El Cairo, 1968, 180-192. Trad. David Bishai.

de la soldadesca inglesa te rompieron las costillas; pero te volviste como habías ido, Ḥasān. Rogaste a Sayyidna que te dejara servir de nuevo en la mezquita y no quiso... Intentaste entrar en el ejército, pero no eres apto y ahora debes ganarte la vida cazando escorpiones...

¿La caza del alacrán? ¡A quien le pica no se despierta jamas! Es tu desgracia, Ḥasān... Pero un solo escorpión vale una piastra y diez son el precio de una medida de maíz; con lo que te dan por diez escorpiones puedes comprar un saco de panes, muchacho. Además, un hombre del lejano Alto Egipto llena una lata con ellos y nunca le ha ocurrido nada... Los hombres de Būlāq dicen que la gente del Alto Egipto caza alacranes con facilidad y sin temerles y gana monedas de diez piastras. Sin embargo... esto es algo que nunca ha ocurrido en el pueblo.

* * *

Ḥasān alzó la cabeza de entre sus manos y suspiró. Restregó la espalda en la pared de la hospedería en la que estaba apoyado desde el medio día. Los dedos de sus pies descalzos comenzaron a jugar con el polvo caliente y sus miradas caían sobre la mezquita que se erguía frente a él, al otro lado de la calzada.

El sol llenaba el camino de la aldea de calor abrasador, mientras que la sombra del muro de la posada no prometía cubrir de Ḥasān más que la cabeza. Pasó Sayyidna ante él, le miró y escupió. Dijo Ḥasān:

—¿Sayyidna, por qué me miras así? Sé amable y dí “buenos días”. Es suficiente que me hayas impedido vivir al servicio de la mezquita.

Se detuvo Sayyidna a la puerta de la mezquita, se quitó las sandalias murmurando un versículo coránico, las puso bajo el brazo, carraspeó y escupió otra vez al camino diciendo:

—Quédate tumbado así, frente a la mezquita, al calor del sol... Quédate ahí por tu propia culpa, Ḥasān, hijo de Zaynab.

Murmuró Ḥasān:

—¡Deja en paz a Zaynab, Dios tenga piedad de ella, donde quiera que esté! Si no hubiera sido por ella, habría entrado en el

ejército para ganarme la vida. Pero, ¿qué respondieron a la primera solicitud? Que yo la estaba manteniendo y cuando se fue al lugar que se fue, y eché una segunda solicitud la cosa no ha salido bien.

Paróse Sayyidna, moviendo la barbilla con una repentina furia y gritó:

—¿Qué dices, muchacho? ¿Es que no te basta con que la ira de Dios te haga trabajar cazando escorpiones? Dios nos guarde de Satán, hermanos. Dios, loado sea, a causa de su indignación contra este país le arrojó una plaga de escorpiones. ¡Ateo, un mal espíritu te maldiga! Tú eres tan descreído que estás tum-bado delante de la mezquita y no te preocupas tan siquiera de hacer las abluciones cuando ya voy a proclamar la oración del mediodía.

Contestó Hasān con despecho y temor:

—¡Por Dios, Šayj! Es que no voy a entrar en ella. ¿Qué provecho he sacado de la mezquita? Nada, salvo destrozar mi vida, vagabundear de acá para allá, malvivir en El Cairo con sus bombardeos y sus soldados borrachos y, tras esto, tener que ganarme la vida cazando escorpiones y Dios sepa qué...

Una voz tranquila y reposada salió desde el interior de la mezquita:

—Déjalo ya, Sayyidna. Es mejor que subas a la torre para llamar a la oración, porque es mediodía.

Dió la espalda Sayyidna conteniéndose y rápidamente entró a la mezquita y se dirigió hacia la limpia estera que estaba al lado del *minbar*, donde se sentaba un hombre gordo y pálido que vestía *tarbūš* y chilaba pueblerina de lino. Dijo Sayyidna:

—Dispuesto, señor Effendi.

Dirigió su mirada hacia el Effendi y los que estaban tras él en la estera vieja y ajada y murmuró:

—La paz, la misericordia de Dios y sus bendiciones sean con vosotros. ¿Cómo estás, señor Effendi?

El Effendi, cacique de la aldea más próxima, guardaba su reloj de oro en el bolsillo, mientras decía:

—El origen de esta historia es que el gobierno necesita el veneno de los escorpiones para usarlo en lugar de las sustancias que no pueden importar por culpa de la guerra.

Miró hacia atrás, hacia los que estaban sentados en la estera ajada, los cuales, a su vez, escuchaban boquiabiertos. Luego sonrió a la vez que las ambarinas cuentas pasaban entre sus gruesos y enrojecidos dedos y dijo:

—La guerra ha hecho posible que los escorpiones tengan un precio.

Volvió la cabeza hacia adelante observando las grietas de las paredes de la mezquita. Detrás de él se oyó una voz grave y sofocada que comentaba:

—...y ha permitido que las personas no valgan nada.

Cuando el Effendi volvió la cabeza para contestar, Hasán se inclinó y le tomó la mano, el Effendi la retiró y dijo sonriendo:

—¡Por Dios...! ¿Eres tú, Hasán? Esto significa que has entrado a la mezquita después de todo.

Se sentó Hasán lejos de la estera limpia sin responder y al momento volvió a preguntar el Effendi:

—¿Por qué ha rebajado la guerra el precio del hombre, muchacho? ¿No ha sido ella, hermano, la que está dando trabajo a los desempleados como tú...? Vosotros no dais jamás gracias a Dios. ¿Se ha conocido antes la caza de alacranes en esta región? ¡Trabaja, hermano!

Hasán, que no supo qué responder al Effendi, sonrió perplejo, mientras se elevaba la voz de Sayyidna desde lo alto de la mezquita llamando a la oración. Entonces respondió Hasán: —Pero ¿cuántos escorpiones hay en este pueblo, cuántas piastras va a ganar cada uno de nosotros? Si Sayyidna no hubiera sido tan malvado, ¿me habría hecho lo que me hizo, es esto Islam? El gana dos libras al mes que le entrega el alcalde delante de mí; de esa cantidad me daba una moneda de cinco piastras al mes. ¡Hermanos! Me pasaba todo el día sacando agua y echándola en el estanque de la mezquita, yendo y viniendo del río lloviera o abrasara el sol. Ni comida ni esperanza... Una columna sólida, un buey o una mula del gobierno habrían caído y todo esto por una moneda de cinco piastras al mes. Todo lo aceptaba estoicamente y daba gracias al Señor por su don, pero cuando el precio del maíz subió de manera disparatada y la medida llegó a costar diez piastras, vine con súplicas a Sayyidna para que me aumentase el salario un po-

quito. El se enfadó conmigo, ¿por qué? Y cuando le denuncié al alcalde me maltrató y juró por el Corán que no dejaría que me volviera a acercarme al estanque del agua.

Sayyidna bajaba despacio las escaleras de la mezquita al terminar la llamada a la oración y se dirigía hacia la estera limpia que estaba colocada cerca del *minbar*, mientras decía: —Ha comenzado la oración, ha comenzado la oración.

Murmuró Ḥasān:

—Dios mío, šayj ¿rezas acaso por tu alma? Quién sabe...

Uno de los vecinos le tocó en el hombro y le susurró:

—Déjate de esto... ¡Sé bueno y ruega al Señor!

Y otro vecino:

—Muchacho, toma el cuchillo que te dió el representante del gobierno y haz lo que te dijo. Así sacarás al día más de diez piastras, pues en esta mezquita hay casi cien escorpiones; además está la hospedería y la tierra baldía que hay tras ella. De este modo puedes ganar al mes el doble que Sayyidna. Nosotros, los que en el campo sudamos todo el día bajo el sol, ¿qué crees que sacamos? ¡Ya está bien de quejas! Ganarás tanto como un funcionario.

Tan pronto como la oración terminó y los fieles se saludaron entre sí, Sayyidna se quejó de Ḥasān al Effendí y le pidió que hablase con los representantes del gobierno para que las autoridades le enviasen a la prisión del Tor, porque era un mal muchacho desocupado, con el que de nada servía la caridad, pues a pesar de que Sayyidna siempre le había ayudado, en cierta ocasión le había acusado de robarle su parte de los ingresos de la mezquita; y cuando le expulsó había fracasado en todos los trabajos. Se dirigió a El Cairo y regresó después de una pelea con soldados ingleses. A su regreso no había dejado de criticar y calumniar a Sayyidna y a sus mujeres.

Sonrió el Effendí, cacique de la pequeña aldea cercana y pidió a Ḥasān que no calumniase a las mujeres del šayj Ḥasān comenzó a gritar tras el Effendí, que se dirigía hacia la puerta de la mezquita:

—¿Sus mujeres? ¡šayj, quiera Dios que me pique el alacrán antes de que llegue a gastarme el dinero ganado con él!

—¡Que Dios lo permita!—, le interrumpió Sayyidna levantando las manos.

Continuó Ḥasān trémulo:

—¡Que Dios lo permita si lo que dice Sayyidna es verdad! ¿Sus mujeres...? Después que me partí el pecho sacando agua para la señora Umm al-‘Izz desde el día que volví de El Cairo hasta hoy sin cobrar nada, con la esperanza de que ella hablara con Sayyidna para que me devolviera el trabajo de aguador en la mezquita del barrio, aunque fuera por esas cinco piastras... ¡Tras todo esto dices, Sayyidna, que calumnio a tus mujeres? ¿Por qué no dejas que el Effendi pregunte a la misma Umm al-‘Izz?

Sayyidna se sintió violento cuando Ḥasān mencionó el nombre de su mujer delante del Effendi y de los otros hombres. Se aproximó al muchacho temblando y le golpeó en las sienes a la vez que gritaba:

—¡Dios te maldiga!

Después miró al Effendi y se disculpó azorado:

—Perdona, Effendi. No tenía que haberle pegado delante de tí. Lo siento.

Contestó el Effendi mientras se calzaba las sandalias:

—Bueno. Se acabó.

Y Sayyidna sujetó al Effendi para que se calzara las sandalias.

* * *

Ḥasān salió de la mezquita y se apoyó en la pared de la hospedería mirando el rostro de Sayyidna, del Effendi y de cuantos hablaban con ellos, mientras que uno cogía el burro del Effendi, que tenía la brida de plata y una albarda cubierta de lienzo blanco.

Observaba también la plata de la brida, de la que cada pieza valía diez piastras: “es tanto como exponerse diez veces a la picadura de diez alacranes”.

El Effendi terminó de saludar y dijo en voz alta a uno de los que estaban a su alrededor, que ya no le quedaban muchos costales de abono y que ahora no podía venderlos porque los necesitaba. El hombre le suplicó diciendo que estaba dispuesto a pagarle lo que pidiese por diez costales. Contestó el

Effendi, mientras ponía el pie en el estribo de la cabalgadura: —Bueno, šayj Yūnis... No tengo inconveniente en darte siete costales para que abones tu algodón... Pagarás el mismo precio que pagó el šayj ʿAbd al-ʿAzīm... Todos sabéis que tengo abono químico raro y de buena calidad y que mañana no quedará, pues no habrá más hasta que termine la guerra. Quedad bien.

Murmuró el šayj Yūnis respetuosamente:

—Es decir, libra y media por encima del precio legal... Da lo mismo, señor Effendi... Prepararé el dinero e iré mañana mismo después de la oración de la tarde.

Comenzó a andar el burro con el Effendi y detrás corría un hombre de su aldea. Gruñó el šayj Yūnis y dijo:

—Esto es un atraco, hermanos... No es una transacción. ¿Es que no gana suficiente? ¿Qué nos pasará a los que no podemos pagarlo? ¿Deberemos quitarnos el pan de la boca? Esto es consecuencia de la guerra y de sus días aciagos.

Una voz le interrumpió:

—šayj Yūnis, tú sólo le compras el abono. ¿Qué deberé hacer yo que también tengo que comprarle el maíz?

Ya se alejaba el burro del Effendi, cuando se levantó un murmullo contra él y su relación con el comisario y demás miembros de la comisaría. Ḥasān se había quedado parado mirando al burro desde donde estaba y escuchando lo que se decía de la avaricia del Effendi y de los precios que imponía. Al ver que Sayyidna se alejaba, se aproximó a la gente y exclamó señalando al Effendi.

—¡Por el Profeta! Este con su avaricia hará que ninguno de nosotros vuelva a hablarle. Y yo que quería suplicarle... ¡Anda, márchate... cae enfermo y no sanes... que te dé un infarto!

Todos rieron y uno dijo:

—¡Que Dios te dé una mala vida, Ḥasān! ¿Qué necesidad tenías tú de suplicarle? ¿Con qué motivo?

Aparentando no oír, Ḥasān siguió hablando y mirando hacia el burro que desaparecía en medio del polvo.

—Pero, ¿tú quién eres, señor Effendi, quién eres al lado de los que se enriquecen en Egipto, aprovechando estos días de guerra? ¿Adónde irás? Si supiérais las cosas que he visto y oído los días que pasé en El Cairo... ¿Qué habéis visto vosotros? ¿Sa-

béis quienes son las personas más ricas de Egipto hoy en día? Una bailarina, una gitana y la propietaria de un cabaret y bailarina del vientre. Cualquiera de ellas puede comprarte y venderte, Effendi. Tú eres el bufón de los ciudadanos. Mozos, ¿sabéis cuántas libras gana cada noche bailando danzas del vientre para los soldados ingleses? Cien libras, cien... Es decir, en cuatro noches gana un acre de tierra; lo que significa, señoría, que si ella baila dos meses gana tus treinta acres.

Los congregados comenzaron a reírse y sus almas se llenaron de una extraña satisfacción.

* * *

Vinieron a la mente de Ḥasān imágenes sucesivas. Desde el día en que Sayyidna se negó a aumentarle el salario a diez piastras al mes y le substituyó por otro hombre, el mundo se había vuelto contra él. No logró encontrar trabajo alguno... Ya no había trabajo en el campo... ni para él ni para veinte de sus paisanos. Trabajó en casa del alcalde por la comida y le echó la alcaldesa porque comía más que dos juntos. Un pariente se lo llevó a El Cairo con él y lo dejó en Būlāq. Le enseñó cómo había que limpiar la calesa antes de que se montara el dueño y soñaba en sentarse a su lado para ver las calles de El Cairo con él, pero su pariente se negaba siempre.

Pero, a pesar de todo, se sentía feliz en la capital. Comía pan de trigo, dulces, habas y todas las cosas buenas que nunca había probado en la aldea. Mas cuando sonó la alarma y vio un bombardeo por primera vez, la sangre huyó de su cuerpo, se puso a temblar mientras oía las explosiones y los gritos y veía el fuego en el cielo. La tierra temblaba y el pánico le rodeaba. Creyó que era el Juicio Final y juró que, si se salvaba, regresaría al pueblo por la mañana. Al terminar el bombardeo vio que todo lo que estaba a su alrededor había palidecido. Comunicó a su pariente que iba a volver al pueblo para morir de hambre allí, en lugar de ser abrasado lejos de él en cualquier bombardeo. Estaba a punto de echarse a llorar, pero su pariente le tranquilizaba e intentaba convencerle de que para ganarse

la vida hay que aguantar. Además, le prometió que le dejaría sentarse en la calesa y conducirla.

Al día siguiente se sentó a su lado contemplando las calles de El Cairo con alegría y extrañeza. Por la noche el coche quedó estacionado a la salida de un cabaret. Nunca olvidaría aquella noche. La gran ciudad no lucía como él se la había imaginado; los faroles estaban azules, la ciudad temblaba de frío y estaba triste y vacía. Los soldados ingleses eran los únicos que deambulaban por allí y se oían risas y gritos de mujeres.

Del local salieron tres soldados a los que acompañaba una mujer alta con los hombros desnudos. Subieron al carro silenciosamente y dijo la dama tambaleándose dentro de él:

—Maestro, da vueltas por Damalek durante una o dos horas.

El maestro se alegró, restalló el látigo y dijo a Ḥasān en voz baja:

—Esta noche tenemos suerte. Son americanos y para ellos el dinero es como polvo. ¿Conoces a esa señora? Es de una familia honorable, su padre y su marido son de la alta sociedad, por eso ella sólo sale con americanos. Yo la conozco porque ha subido a mi coche varias veces y le gusta la calesa porque sólo suben a ella gente distinguida, no le hables de taxis.

Desde el interior del carruaje les llegaron risas y ruidos extraños. Ḥasān se volvió para ver lo que ocurría dentro del carro, metió la cabeza y observó atónito al tiempo que la mujer le sorprendía con una bofetada e insultos. El retrocedió y la insultó a su vez. Se mezclaron las voces dentro de la calesa y de pronto se encontró arrojado al suelo, vapuleado por las manos y los zapatos. Su pariente gritaba pidiendo socorro y le maldecía mientras se defendía de los golpes.

Cuando la mujer se llevó a los hombres, su pariente tomó las riendas maldiciéndose por ser el culpable de la desgracia que arruinaría su negocio. Ḥasān le reprendió por alquilar su coche para semejantes asuntos y cuando se levantaba tocándose las costillas, antes de subir al coche, comenzó a sonar la alarma y de nuevo contempló el cielo inflamado por la pólvora y volvió a temer que éste se desplomara sobre su cabeza.

Al día siguiente aparecía en la aldea. Ni pudo lograr trabajo en el campo ni una palabra esperanzadora de Sayyidna. Umm al-ʿIzz se mofó de él y le dio trabajo, pero cuando le pi-

dió una medida de maíz como pago de dos meses, lo expulsó y ahora no tenía medio de vida. No le quedaba otro remedio que cazar escorpiones. ¡Lástima!

* * *

Hasān sintió necesidad de hablar con alguien; para ello miró a su alrededor, mas no encontró cerca del muro de la posada sino su sombra. Volvió a su casa sin saber qué hacer...

Al abrir la puerta, percibió cierta humedad que le dio en el rostro y que se debía a la oscuridad del lugar. Entró a la habitación por cuyo ventanuco se filtraba unos rayos de sol y buscó la panera... Empezó a roer despacio un mendrugo de pan que había encontrado, mientras olía la humedad y se tendía tras la puerta... Cuando se levantó, la tarde llenaba el camino con sus amarillentos rayos... Era la hora en que salían los escorpiones... Cogió la lata y el cuchillo y recordó las instrucciones del comisario sobre el modo de cazar escorpiones.

* * *

Salió precipitadamente, crispado y temblando; sin embargo, el comisario vendría a la mañana siguiente cargado de piastras para comprar los alacranes que hubieran cazado los del pueblo... Uno por piastra. Pero lo cierto era que Hasān tenía miedo hasta de mirarlos... Ojalá hubiera hablado con el Efenfendi para que le recomendase y entrar así en el ejército... Ojalá... Pues le habían suspendido en el reconocimiento médico por calvo y porque tenía el cuerpo lleno de enfermedades. Es decir, que no hubiera entrado aún siendo alto y corpulento; por el contrario, era apto para levantar dos tanques de agua y recorrer con ellos el pueblo veinte veces...

La marcha le había llevado a la hospedería y allí se encontró con tres de los que, como él, no tenían trabajo en los campos. Todos portaban también la lata y el cuchillo.

Se sentaron en la posada esperando a los escorpiones. La tarde llenaba la aldea con sus sombras... Entonces supo

Hasān que en las ruinas cada uno de ellos había ganado ya tres piastras. Fanfarroneaban y decían que en la propia hospedería había más ganancias que en las ruinas.

Hasān se entusiasmó oyéndoles hablar y empezó a sentir necesidad de poner en su lata también alguna pieza. Un hombre que vio cómo se acercaba una alimaña, y tras ella otra, exclamó con seriedad:

—¡Hay que ser justos! Para que no peleemos es necesario dejar el de atrás para Hasān... Es su parte. ¡Levántate, muchacho... Levántate, ánimo!

Hasān se sorprendió, se le aceleraron los latidos del corazón, se estremeció su cuerpo y estuvo a punto de echarse a temblar con los ojos puestos en la alimaña, a la vez que en un tremendo miedo se mezclaba con la esperanza. Cerró los ojos unos segundos y poco después los abrió con esfuerzo. Con una mano asió firmemente el cuchillo y con la otra la lata; dio un paso hacia el bicho, observando cómo se arrastraba despacio. Luego oyó la voz de uno de los mozos:

—¿Qué es esto? Hasān tiene la mezquita y puede coger cuantos quiera.

Se retiró Hasān con un mal disimulado alivio, pero le detuvo la mano de otro joven que decía:

—¡Déjalo, Hasān! No le hagas caso. Son dos... Ahora tres... Ya son cuatro. Vamos, muchachos, cada uno tendrá su piastra, no hay necesidad de pelear.

Uno de ellos saltó, cuchillo en ristre, capturó su parte y rápidamente la puso en la lata, gritando con alegría. Ya intentaba saltar sobre el segundo alacrán, cuando le empujó otro de los jóvenes, diciendo:

—No seas avaro. ¿Eras tú el que pretendía ser justo? Te toca a ti, Hasān.

Se acercó Hasān, cuchillo en mano, echando todo su peso contra el alacrán, mientras su rostro se tensaba. Rápidamente lo colocó en la lata sin mirarlo, retiró el cuchillo y se alejó con el bicho muerto. Suspiró aliviado, alegre y esperanzado y dijo:

—¡La primera piastra... Ah Dios!

De nuevo se sentaron los jóvenes sobre el suelo de la posada, esperando otra cacería. El atardecer envolvía con su azul oscuridad el horizonte de la aldea. La espera se alargaba, mien-

tras escudriñaban las grietas de la pared. Más tarde se dispersaron para hurgar con los cuchillos en las grietas y observar el suelo. Dijo un muchacho desesperanzado:

—No hay nada aquí... Este contratista creía que estamos en el Alto Egipto. Por Dios os digo que mañana pagará dos piastras por cada uno.

Otro muchacho comentó con débil voz que un alacrán había estado a punto de picarle. El grupo se angustió. Se oyó la voz de Sayyidna llamando a la oración del atardecer. Tras la oración salieron los hombres de la mezquita, pero los muchachos seguían silenciosos en la posada, con la mirada en el vacío y los corazones palpitantes. Preguntó Ḥasān en voz baja:

—¿Vamos a buscar en la mezquita?

Contestó uno de los jóvenes con rapidez:

—Sí. El lugar de las abluciones está lleno de ellos. La noche pasada un alacrán atacó a Sayyidna mientras hacía las abluciones.

Ḥasān se puso al frente de ellos, cogió la linterna que estaba en medio de la mezquita y la colocó en el lavatorio. Tomó el cuchillo y la lata y observó a su alrededor por las partes bajas de las paredes, a la vez que los otros lo hacían también. De pronto Ḥasān levantó su pierna desnuda pidiendo socorro, acudieron tres jóvenes rápidamente. Uno se agachó y se levantó al instante diciendo:

—Lo que pisaste es barro seco. Tienes miedo porque eres cobarde.

Volvieron a la búsqueda. Otro gritó:

—¡Muchachos... Debe haber un real de alacranes. Golpead, muchachos, golpead.

Se abalanzaron en tropel, clavando los cuchillos en el dorso de los arácnidos a medida que iban saliendo. Se empujaban unos a otros. Ḥasān les pidió que le dejaran cazar despacio tres para recuperar lo que había perdido en la posada, pero nadie le contestó. De vez en cuando se levantaban y miraban bajo sus pies descalzos, después se arrojaban con el cuchillo y lo raspaban en la lata para que el alacrán cayera dentro de ella.

Ḥasān sonriendo y cantando comentó:

—Ya tenemos una medida de maíz; ahora para vestidos... Nada de carne ni de mantequilla... Sólo voy a comprarme vestidos. ¿Cuánto me costará un traje? Necesito una buena camisa...

Aunque me conformo con una *galabiyya* de calidad...

Otro muchacho bromeó, inclinado y cuchillo en mano:
—Mejor cómprate una pieza de cachemira, un caftán persa y un *ṭarbūš*.

Se desternillaban de risa, pero todos permanecían agachados y alerta. Otro afirmó:

—Es un tesoro, muchachos. Es la Noche del Destino, hermanos, pero cómo la definiré, es una noche blanca... —Interrumpió sus palabras y gritó despavorido— ¡Ḥasān! ¿Te has dado cuenta de lo que tienes bajo los pies?

Con la sorpresa se silenciaron las risas, se extendió un espantoso silencio y Ḥasān rodó por el suelo lamentándose:
—¡Qué pérdida, muchachos! ...Morirás, Ḥasān... No conseguiste ser feliz...

Su voz se fue debilitando. Las siluetas de los hombres no se enderezaron, las manos, blandiendo el cuchillo, recogían los alacranes que se arrastraban... Y, mientras, las lágrimas se mezclaban con la tierra sobre la que Ḥasān estaba tendido.